

## NECROLOGÍA

### ENRIQUE FERNÁNDEZ ENRIQUEZ

(1922–2002)



La muerte súbita de Enrique Fernández nos ha dejado primero perplejos y después confundidos a sus amigos y colegas. Enrique había nacido en Arequipa el 22 de agosto de 1922. El deceso ocurrió en Lima el 20 de junio del año en curso, mientras esperaba su atención en una oficina del Banco de la Nación en Pueblo Libre, fulminado al parecer por un ataque cardíaco. Asistido por las personas que estaban alrededor que trataron de prestarle los primeros auxilios, con las maniobras de presión torácica. Identificado por algún documento, se informó por teléfono a Rosita, su esposa, quien dio el triste aviso a amigos de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, que procedieron a su traslado a la Casa Honorio

Delgado (campus Sur de la Universidad), donde fueron velados sus restos. Al día siguiente, fue llevado al cementerio Jardines de la Paz.

Conocí a Enrique Fernández en 1955. Estaba preparando una tesis de bachiller sobre la dietilamida del ácido d-Lisérgico (LSD-25) y muy interesado por la bibliografía existente. El Dr. Manuel Chavarri, entonces jefe de la oficina científica de los Laboratorios Sandoz, me orientó a Enrique Fernández, quien había regresado hacía poco tiempo de Basilea, en goce de una beca que se prolongó por cinco años, quien tenía información copiosa sobre los productos de investigación de Sandoz. Toqué la puerta de la casa donde estaba alojado Enrique quien me recibió sin camisa, con camiseta sin mangas, su tenida habitual los días de verano. Informado de la razón de mi visita, con un gruñido incomprensible (una suerte de tic orofaríngeo), que después conocí como ligado a su figura, me hizo pasar a su pequeño escritorio donde tenía organizados en archivadores gran parte de los temas de investigación del mencionado laboratorio suizo.

Me prestó las separatas de los idiomas a mi acceso y la literatura en alemán que podía hacer traducir. Entonces los textos en español eran limitadísimos, casi inexistentes, de modo tal que pude desarrollar una tesis con la bibliografía bastante completa en otras. El primer rasgo que anoté de Enrique, la generosidad y el afán de servicio, se mostró pleno esa

tarde y fue el comienzo de una amistad que, con los altibajos de una vida conmovida por la crisis universitaria y la creación de una nueva institución, la Universidad Peruana Cayetano Heredia, en cuyo desarrollo caminamos juntos, se mantuvo inalterable enriquecida por los conflictos aunque anublada siempre por las diferencias temperamentales.

Una segunda curiosidad me llevó en esa primera visita al austero departamento de Enrique: pedirle el relato de sus experiencias con los derivados del ácido lisérgico. Sabía que Enrique, como casi todos los miembros del Laboratorio, había sido sujeto de la experiencia, no siempre voluntaria. Me contó Enrique que, en efecto, varias veces le dieron a tomar unos vasitos de agua que tenían en diversa dilución, la sustancia mencionada. A veces se sentía irritable o con algunos problemas en la percepción social, pero eran molestias pasajeras que no se prestaban al relato circunstanciado de la experiencia. Nunca se sintió enrolado en un grupo de investigación (Profesor E. Rothlin, Laboratorio de Investigación Farmacológica de Sandoz, Basilea, Suiza) y no le dio importancia a las incomodidades menores que sufrió. Alguna vez pensó en una revisión del tema, pero no quería alargar su currículum con trabajos de revisión. Otra característica de Enrique, su franqueza y sentido de proporción del trabajo intelectual, que fue bien apreciada por los amigos pero que no dejó de causarle dificultades en las relaciones interpersonales.

Enrique Fernández estudió la primaria en Arequipa, en los colegios San José y Escuela Normal de Varones, y la secundaria en la misma ciudad, en los colegios La Salle y San Francisco. Al término de los estudios básicos, se trasladó a Lima para acceder, de conformidad con su vocación, a la carrera de

medicina. Cursó premédicas en la Facultad de Ciencias y medicina en San Fernando, esto es, siguió todos sus estudios superiores en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Se graduó de bachiller en 1949, con una excelente tesis: "Sobre las trepanaciones craneanas en el antiguo Perú". Publicada en la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, en septiembre de 1950 (Tomo XIII, No. 3) acompañada con la firma de su maestro el Profesor J. O. Trelles. Fue para su tiempo la más completa revisión del tema. Tras una enjundiosa introducción, examina ordenadamente las trepanaciones craneanas en las culturas primitivas, las fuentes históricas en el Perú (el cráneo de Squier), el material de estudio, el acto operatorio y el objeto de las trepanaciones. La bibliografía comprende las publicaciones más importantes sobre el tema.

Enrique estuvo primero ligado al Profesor Enrique Encinas en su Laboratorio de Patología Cerebral del Hospital "Víctor Larco Herrera", donde trabajaba el maestro puneño desde los tiempos de Hermilio Valdizán. El Laboratorio estaba anexado a la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de San Fernando. Del austero Encinas (el "anacoreta aymara" como lo califica Jorge Basadre en sus memorias) aprendió desde las humildes tareas de limpieza del Laboratorio hasta las técnicas de tintura de los tejidos cerebrales. Todo parecía indicar que se dedicaría a la investigación neurológica. Así lo entendía cuando coincidíamos el primer y el tercer miércoles de cada mes, de abril a diciembre, a las sesiones de la Sociedad de Neuro-Psiquiatría.

Relacionado también desde sus años de estudiante al Profesor Carlos Monge, obtendría merced a éste la beca de farmacología en los Laboratorios Sandoz en Basilea, donde permaneció cinco años, al lado de renombra-

dos farmacólogos. Dos años los dedicó a la recuperación de su salud en un confortable sanatorio para tuberculosos (hay que anotar aquí que, sabiéndose enfermo, quiso regresar al Perú, pero los rígidos cánones de los Laboratorios que le extendieron la beca le exigieron permanecer en Suiza hasta su recuperación). En ese largo reposo Enrique se dedicó a la lectura y al aprendizaje y perfeccionamiento de los principales idiomas europeos.

Vemos hasta aquí cómo Enrique Fernández estuvo relacionado estrechamente a grandes maestros de la mejor etapa de San Fernando: Enrique Encinas, Carlos Monge y Oscar Trelles.

A su regreso de Europa, Enrique accedió por concurso a la Cátedra de Fisiología. En su laboratorio realizó importantes investigaciones, como su tesis doctoral "Sobre algunos aspectos de la Farmacología Cardiovascular de la Protoveratrina" (San Fernando, 1954). Como se comprende, la orientación principal de Enrique Fernández fue ya la neurofisiología.

Su ligamen con el Profesor Monge trascendería la relación discipular para trocarse en una estrecha amistad con su familia, en especial con Carlos Monge Cassinelli y participar en las investigaciones sobre Medicina de Altura. Fue el animador del proyecto de compilación y el autor del Prólogo de las *Obras* de Carlos Monge en cuatro tomos; el artífice de la edición fue Carlos del Río, presidente en los mejores tiempos del CONCYTEC.

Enrique Fernández fue maestro por antonomasia, desde sus tiempos de estudiante: ayudante de Cátedras en la Facultad de Ciencias (anatomía y fisiología humana, fisiología general), en la Facultad de Medicina (fisiolo-

gía humana, neuropatología); Jefe Instructor, profesor auxiliar y profesor asociado en la Facultad de Medicina de San Fernando, profesor principal de fisiología humana de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. En esta última, animó su fundación hasta lograr la categoría de profesor emérito. Recuerdo que en el aula magna de Cayetano Heredia se le tributó al "Negro" un homenaje al cumplir cincuenta años de profesor.

La creación de la Universidad Peruana Cayetano Heredia tuvo en Enrique un fautor entusiasta. No sorprende que fuera el primer secretario general de la Universidad en los tiempos difíciles siendo Rector el Maestro Honorario Delgado: el primero, informal eminente, el segundo, paradigma de formalidad. Supieron adaptarse el uno con el otro. Recordamos cómo se habilitaba los primeros laboratorios con sujetadores de matraces preparados de modo rudimentario pero eficiente, con fierros comprados en el antiguo campo de Tacora. Formé parte del primer consejo universitario de modo que fui testigo directo de la forma en que Enrique se multiplicaba en diversas actividades. Aún está por escribirse esa primera saga de la aventura herediana. Fue elegido Rector en tiempos difíciles.

No obstante las tareas administrativas a las que los docentes están obligados, Enrique tuvo una productividad científica considerable: tres trabajos publicados en alemán y siete en inglés con un conjunto numeroso de artículos publicados en español en calificados repositorios científicos. Recibió un "grant" para la investigación de la circulación bronquial y el shock en las grandes alturas de 1965 hasta 1968, otorgado por el National Institute of Health. Fue por décadas redactor de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*. Participó en numerosos congresos no sólo de su especiali-

dad, la fisiología, sino de neuro-psiquiatría, demostrando fidelidad a sus antiguas inclinaciones. Fue miembro del consejo de redacción de *Acta Herediana*, la revista cultural de Cayetano Heredia, hasta la hora penúltima.

Fue también miembro de varias comisiones: organizadora, de ingreso y de biblioteca y publicaciones. Era "lenguaraz" como decía Juan Francisco Valega, esto es conocedor de varios idiomas.

Fue miembro de numerosas sociedades científicas y señaladamente de la Academia Nacional de Medicina, de la que fue presidente.

Como lo debíamos advertir desde el comienzo, es imposible comprender a Enrique sin señalar una vertiente mayor, su condición de arequipeño y su "arequipeñismo". Solía definirse como "arequipeño y profesor universitario". Estaba identificado plenamente con los valores de su terruño y las características de

su gente. Viajaba cuanto podía a Arequipa e invariablemente se alojaba en la "Pensión Fernández", de su tía, la señora Fernández. Estuvo entre los más entusiastas organizadores y profesores del "puente aéreo" que ofreció la recién creada Universidad Cayetano Heredia y la naciente Facultad de Medicina de Arequipa, que necesitaba refuerzos en algunas áreas de la docencia. El día de Arequipa, aniversario de su fundación, cuando no iba a su tierra se presentaba en la cafetería de Cayetano Heredia en frac y sombrero de tarro, como "embajador" en tenida risueña, de la "república" de Arequipa.

Fue distinguido con el grado de "Amauta" por el Ministerio de Educación y recibió otras condecoraciones entre ellas la Orden Cayetano Heredia de la Universidad del mismo nombre. Fue un hombre sabio, probo y servicial. Ahora disfruta de la paz a la que acceden conspicuos mortales.

Javier MARIATEGUI